

# UN PRÍNCIPE CLÁSICO. FRANÇOIS MITTERRAND FRENTE A UNA LECCIÓN COMPARADA DE GOBIERNO

Por TILO SCHABERT

## SUMARIO

UN CLÁSICO POLÍTICO.—SUPUESTAS ESTRUCTURAS MORFOGENÉTICAS.—LAS TRES PARADOJAS.—LA PARADOJA DEL PODER.—LA PARADOJA DE LA CREATIVIDAD.—LA PARADOJA DE LA POLÍTICA.—LA LÓGICA DE LA CREATIVIDAD EN LA POLÍTICA.—LA PRIMACÍA DE LAS PERSONAS.—PODER POLÍTICO: PROBLEMAS Y ESTRATEGIAS DE LA CREATIVIDAD EN EL PODER.—PODER POLÍTICO: ¿CÓMO ES PODEROSO EL PODEROSO?—LAS MÁSCARAS DE MITTERRAND EN EL DISCURSO DE LA HISTORIA.

## UN CLÁSICO POLÍTICO

¿Qué es lo que me conduce a denominar príncipe a François Mitterrand? ¿Por qué «príncipe»? ¿Y por qué el epíteto de «clásico»?

Mi profesión son las ciencias políticas, y si llego a tal diagnóstico es precisamente en virtud de dicho oficio. En un principio, la impresión que ofrecía Mitterrand a través de la lectura de los periódicos era la de un político corriente, la de un político entre muchos. Pero al final la impresión era completamente distinta. Aquel «político entre muchos» había desaparecido. En su lugar se alzaba una figura clásica; la figura a la que, desde antiguo, venía designándose con el nombre de «príncipe». La figura del poderoso que gobierna sobre los hombres dotado de infalibilidad. Nunca los hombres han vivido sin *Príncipe*, se denominara así o de cualquier otro modo, gobernara solo o conjuntamente con otros, se hubiera distorsionado la figura hasta no ser sino una caricatura o se hubiera desfigurado hasta convertirse en lo contrario de lo que era en un principio.

¿Qué es lo que ha ocurrido para que François Mitterrand pasara de ser un político entre muchos a encarnar la clásica figura del príncipe?

Así es como vino a desarrollarse un experimento de ciencia política, distribuyéndose sus distintas fases en diferentes «laboratorios», referidas cada una de ellas a concretos ordenamientos espacio-temporales. Tales «laboratorios» no son sino todos aquellos campos de actuación humana que reciben comúnmente la denominación de «gobiernos». Y es que las ciencias políticas pueden ser tan objetivas, «empíricas» y «estrictas» como las ciencias naturales. Son de hecho tan estrictas como éstas dado que «el mundo político ha sido creado por los hombres —reproduciendo libremente la formulación de Vico— y precisamente por ello podemos descubrir sus principios en las categorías formuladas también por la inteligencia humana» (1).

Es precisamente en los gobiernos donde debemos encontrar lo que son los gobiernos; éstos fueron creados por los hombres, y será por tanto en su creación donde podremos comprender su esencia. Algo creado por el hombre deberá concebirse precisamente según las formas —o, dicho de otro modo, según las estructuras o las leyes— con que fue constituido en un principio. Las investigaciones en torno a los gobiernos no son pues sino investigaciones sobre la creatividad humana. Así es como en el «laboratorio», el correspondiente investigador podrá observar cómo se gobierna y cómo se establece y mantiene un mundo político. La pregunta, sin embargo, se planteará inmediatamente: ¿Qué es un «gobierno»? E inmediatamente surge la respuesta, compleja y chocante: que aquello a lo que denominamos «gobierno» no es sino el individuo político creativo en su actividad. No cabe otra respuesta. La que acabamos de ofrecer fue comprobada experimentalmente, y de una forma absolutamente espontánea. François Mitterrand, el Presidente, fue testigo de ello.

La investigación de la que aquí damos cuenta comenzó en la ciudad norteamericana de Boston. Pretendía conocer cómo se gobernaba la ciudad y qué es lo que se había creado a modo de «gobierno». Todos los conocimientos adquiridos en las correspondientes investigaciones, algunos de los cuales fueron plasmados en un libro (2), se concentraban en la conclusión de que el gobernar era algo continuamente creativo y tremendamente amplio, configurado siempre en alguna determinada forma de gobierno a la que, en realidad, no se ajustará nunca plenamente la actividad creativa. Gobernará pues la creatividad, no el gobierno. Así es como el paradigma del gobernar se constituye en un estado fluido entre el «caos» y la «forma». En cada uno de los dos extremos la obra creativa de «gobernar», observada desde una perspectiva exclusivamente lógica, se encontraría perfectamente acabada; en el «caos» la libertad creadora del gobernar sería absoluta, mientras que en la «forma» se encontraría completamente definida. Pero el mundo político se organiza sin embargo de otra forma; caos y forma confluyen el uno con la otra para crear así lo que denominaré, haciendo mía la expresión de James Joyce, *Chaosmos* (3).

---

(1) Véase GIAMBATTISTA VICO: *Die neue Wissenschaft über die gemeinschaftliche Natur der Völker*.

(2) TILO SCHABERT: *Boston Politics. The Creativity of Power*, Berlin-New York, 1989.

(3) JAMES JOYCE: *Finnegans Wake* (FW, 118, 21).

Todo esto quedó patente en Boston. Sin embargo, los estudios realizados en torno a la creatividad del poder político y desarrollados mediante el análisis de la naturaleza del gobierno y de la política en la ciudad durante el mandato del alcalde Kevin H. White no pueden constituir en ningún caso un final, sino tan sólo un comienzo. En el seno de dicho estudio, el mundo interior del gobierno abrió sus puertas a la curiosidad teórica, con lo que se amplió tremendamente el campo de exploración, y pudo ensayarse satisfactoriamente el paradigma de la política de gobierno. Estrechamente asociada al estudio sobre Boston, la investigación continuaría en torno a la esencia y la práctica de gobierno del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, y lo mismo se haría con el canciller alemán Konrad Adenauer, así como con el sucesor de Roosevelt en su cargo. Y la investigación concluiría, cada vez con mayor interés, con el presidente francés François Mitterrand.

Pese a que François Mitterrand nada sabía del método de gobierno de Roosevelt, el suyo propio resultó ser tremendamente semejante a aquél. Tampoco sabía nada del estilo de gobierno de Adenauer, y aun así resultaron prácticamente iguales en numerosos aspectos. Y ni siquiera habría oído hablar del alcalde de Boston, Kevin White, a pesar de lo cual sus métodos de gobierno bien podrían ser considerados gemelos políticos (4). Tampoco Adenauer conocía el método de gobierno de Roosevelt (o al menos ninguna investigación ha señalado nada al respecto), ni Kevin White el de Mitterrand; además, el primero de ellos ya era un maestro en el arte del gobierno cuando el último de ellos no estaba sino comenzando a serlo. Y en esta red de coincidencias podrían incluirse también a presidentes norteamericanos como Truman, Eisenhower y Johnson, cuyos métodos de gobierno eran similares a aquéllos de los antes citados, a pesar de lo cual, también como los anteriores, los desarrollaron como *propios*.

¿Qué tipo de coincidencias son éstas en realidad? ¿Coincidencias independientes del tiempo y el espacio? ¿Entre términos de comparación que no se conocían como tales? ¿Con personas cuyo instinto más profundo, y no sólo una mera intuición, les señalaba que su modo de gobierno era *propio* y original de cabo a rabo? ¿Qué tenían en común Roosevelt, Mitterrand, White, Johnson, Eisenhower y Adenauer, para que cada uno de ellos fuera para sí mismo *sólo* Roosevelt, *sólo* Mitterrand, *sólo* White, *sólo* Johnson, *sólo* Eisenhower, *sólo* Adenauer?

#### SUPUESTAS ESTRUCTURAS MORFOGENÉTICAS

Pues bien, tenían lo siguiente en común: cada uno de ellos gobernaba según el arte del príncipe clásico, y cada uno de ellos era aun así original. No se trata de una contradicción. Mitterrand no gobernaba de forma similar a Roosevelt porque le tomara como modelo, sino porque alcanzó con *su* método de gobierno el mismo ca-

---

(4) Entrevista del autor con François Mitterrand, el 15 de junio de 1993.

rácter clásico al gobernar que en su día alcanzara Roosevelt con el suyo. Nada hay en común entre Mitterrand y Roosevelt, salvo dicho carácter clásico. Y pese a ello fueron ambos extremadamente similares; en el gobierno de Mitterrand podía encontrarse el arte de gobierno de Roosevelt, y en el gobierno de Roosevelt, el arte de Mitterrand.

Esta comprobación implica además un hallazgo de tipo estructural, que puede formularse como sigue: a la hora de gobernar se dan estructuras clásicas, que son descubiertas y ejecutadas por los gobernantes, aun sin saber de su existencia. Tales estructuras, pues, ya existían antes de que los correspondientes gobernantes las incorporaran a sus métodos de gobierno; los gobernantes no hacen sino desarrollar con su actuación estructuras de gobierno preexistentes. Construyen así, partiendo de un conjunto *universal* de formas, la forma *concreta y propia* de su método de gobierno; ésta estará por lo tanto, en un sentido morfo genético, estructurada de un modo clásico.

Por lo tanto, la investigación científica tiene, en torno a la tarea de gobierno, un campo de análisis específico, constituido a partir del objeto de estudio y no de la ciencia concreta de que se trate. El objeto señalado, con todas las «semejanzas» que se han puesto aquí de relieve, remite así al investigador a un campo determinado, sacando a relucir el paradigma señalado. Toda esta argumentación viene a explicar la antigua tradición, actual aunque ya en parte derrumbada, del *Espejo de Príncipes*. Una y otra vez vuelve a erigirse el mismo espejo: ¿Cómo llega alguien a ser un buen príncipe? (5). Incluso los *presidential studies* de la nueva ciencia política norteamericana, sin ninguna relación con país europeo alguno (6), giran en torno a un objeto constante, como es el de las posibilidades y facultades de *leadership* de los presidentes norteamericanos (7).

Pero el hallazgo del que antes hemos hablado nos conduce aún más lejos. Entra en conexión con el propio proceso creativo sobre el que se sostiene la labor de gobierno, llamando así la atención sobre la necesidad de consagrar un campo de análisis concreto al estudio de dicho proceso. Será en el campo de los paradigmas, en los cuales —y más aún, según los cuales— viene a consumarse el gobierno como proceso creativo, donde encuentre la ciencia del gobierno el campo para sus investigaciones. La actividad de gobierno va a seguir pues determinadas leyes creativas, luego será en el análisis de dicho proceso creativo donde podrán encontrarse tales leyes.

François Mitterrand proporciona, con su dirección política, un modelo ideal para la comprensión de la creatividad en el proceso de gobierno. Parecía guiado por

---

(5) Véase WILHELM BERGES: *Die Fürstenspiegel des hohen und späten Mittelalters*. Leipzig, 1938; HANS-OTTO MÖHLEISEN y THEO STAMMEN: *Politische Tugendlehre und Regierungskunst*. Tübingen, 1990.

(6) Los correspondientes trabajos de WILHELM HENNIS en Alemania y de SAMY COHEN en Francia han permanecido hasta la fecha como fenómenos aislados.

(7) Véanse, por ejemplo, los datos bibliográficos en: STEPHEN SKOWRONEK: *The Politics Presidents Make. Leadership from John Adams to George Bush*, Cambridge, 1993.

una especie de sabiduría, en cuya voz podían escucharse cosas como que: «Recientemente encontré un libro de Plutarco, cuyo título en la compilación de Amyot —ya sabe la forma en que se expresan los griegos— era *Si el hombre de edad debe o no preocuparse por los asuntos públicos*. Éste era el título. Y él mismo, Plutarco, ofrecía la respuesta... Nos contesta que sí. ¿Y sabe usted el motivo en el que apoyaba su postura? Porque, decía, nunca la edad ha visto transformarse una abeja en abejorro...» (8).

Y así es como iba desarrollando las estrategias de su acción de gobierno, adoptando, como más tarde resultaría patente, un modelo paradigmático ya preexistente en el arte de gobernar, *sin que necesariamente fuera consciente de ello*.

En el Eliseo, por poner un ejemplo, Mitterrand insistía frente a aquellos que tomaban parte en su gobierno, refiriéndose a la conservación del poder, en la necesidad de conservarlo en un estado fluido y de constante transformación. De hecho, actuaba como si siempre estuviera repitiéndose: «Cada dos o tres años deberían cambiar los funcionarios y los grandes propietarios, para impedir así que arraiguen, se fortalezcan y se conviertan en un motivo de preocupación...» Éste es un consejo en el que podría reconocerse sin la menor dificultad a Mitterrand, pese a lo cual no se encuentra así formulado en ninguna de sus declaraciones, sino en una obra política persa del siglo XI (9). Mitterrand comprendió rápidamente la necesidad de mantener dentro de su espectro de conocimiento a todos aquellos que actuaran en su esfera de poder, con lo que conseguía que los distintos sectores de poder no se le fueran de las manos, al ser capaz de mantener una cierta apariencia de cercanía en su autoridad. Así mantuvo siempre presente en su mente la imagen del emperador persa: «el monarca nunca debe desatender las relaciones con sus aliados. Debe permanecer constantemente al corriente de sus manejos y sus movimientos. Debe controlar secretamente a aquél en quien haya confiado una importante misión, pero de forma que no se percate de tal vigilancia» (10). Y de la misma forma en que de la pluma de los príncipes más lejanos de los tiempos más remotos manaba ya el principio de que «la dejadez secuestra el poder» (11), Mitterrand vino a seguirlo escrupulosamente en el Eliseo. Así es como, alejándose de la negligencia y el descuido, sostuvo día a día su gobierno gracias a la meticulosidad desarrollada en su empeño (12).

---

(8) Entrevista en televisión (TF1) con François Mitterrand, el 17 de septiembre de 1987. Cita según la reproducción parcial de la entrevista en *Le Monde*, el 19 de septiembre de 1987, pág. 7 («J'ai trouvé l'autre jour un livre de Plutarque dont le titre, dans la collection d'Amyot dit - vous savez, c'est la façon qu'avaient les vieux Grecs: Si l'homme d'âge se doit encore entremettre et mêler des affaires publiques. C'est le titre... Et il apporte la réponse, lui, Plutarque... Il dit: oui. Vous savez quelle est la raison qu'il invoque dès le point de départ? Il dit: parce qu'on n'a jamais vu l'âge transformer une abeille en bourdon...»).

(9) NIZAMULMUK: *Siyasatnama*; KARL EMIL SCHABINGER y KARL FRIEDRICH SCHABINGER: *Das Buch der Staatskunst aus dem Persischen*, Zürich, 1987, pág. 213.

(10) *Idem*, pág. 196 y ss.

(11) *Idem*, pág. 193.

(12) Mitterrand leía diariamente en su despacho entre 200 y 250 páginas de unas así llamadas *notes*, documentos de trabajo de sus colaboradores que, de acuerdo con el enorme volumen de los asuntos gu-

François Mitterrand representa precisamente un modelo ideal para la comprensión de la creatividad en el proceso de gobierno. Para ello no necesitaba modelo alguno. Y, sin embargo, sí estaba «ejecutando» modelos. Sí, bien podría decirse que «seguía» modelos. Pero ese «seguía» no puede entenderse en el sentido de «copiar», «continuar» o «adherirse». Debe entenderse más bien en el sentido de una cierta semejanza estructural. Mitterrand no seguía «modelos», pero sí seguía, al desarrollar su forma creativa de dirección de gobierno, un paradigma general del modo de gobierno creativo que ya otros habían seguido, y que en un sentido superficial sí podían pues aparecer como modelos. El parecido entre Mitterrand y otros «príncipes» se encontraba por lo tanto en una práctica de gobierno similar (y sólo en este plano aparente puede hablarse en algún sentido de «modelos»), que venía así a configurar la unidad del paradigma: cada uno desarrollaba en *esa* concreta forma *su* forma concreta de gobernar, mostrándose así, en su escenificación del paradigma, igual a otras escenificaciones ajenas.

Los gobernantes podrán asimilarse a la figura del príncipe, como aquel gobernante creativo en su actuación, en la medida en que desarrollen de manera creativa un determinado modelo de gobierno. Ocurre así que los gobernantes resultan creativos a la vez que no lo son. No lo serán en la medida en que ejecutan modelos de gobierno preestablecidos. Y lo serán en la medida en que desarrollan por sí mismos su propio modelo, haciendo real lo que antes no era sino una mera estructura teórica.

Mitterrand comprobó muy pronto que esta ley era aplicable en cualquier circunstancia donde hubiera una situación creativa. Sabía que era un error, como había afirmado Paul Valéry, «remontarse al autor en vez de remontarse al mecanismo creador de la cosa misma» (13). Sólo es posible llegar a una determinada obra, decía, siguiendo las reglas establecidas al efecto: «Creo que la espontaneidad en el estilo, en la expresión, en la escritura, sólo puede alcanzarse si se respetan las reglas del lenguaje. En la política ocurre lo mismo» (14). De esta forma, Valéry vino a expresar lo esencial. En todo proceso creativo, entre obra y sujeto creador, participa un tercer elemento. Así es como se sitúa correctamente al autor frente a su obra: «No se pueden crear todas aquellas obras que se desea, sino que se obedece a algo muy distinto de uno mismo» (15). Ahora bien, ¿quién o qué es aquello a lo que se obedece? Mitterrand respondía, refiriéndose a la política, que se obedece a la ley creativa. Cada creación tiene una forma. Y sólo puede ser creada, por lo tanto, de acuerdo a

---

beramentales, trataban de todos los temas posibles. Normalmente, dichas *notes*, con o sin observaciones o instrucciones, eran devueltas en el plazo de unos días al remitente.

(13) PAUL VALÉRY: *Cahiers*, París, 1973 y 1983, pág. 253 («... de remonter à l'auteur au lieu de remonter à la machine qui a fait la chose même...»).

(14) Entrevista con François Mitterrand en *Le Point*, núm. 970, 22 de abril de 1991, pág. 49 («Je pense qu'on en trouve l'aisance de style, de façon d'être, d'écriture quoi, que dans le respect des règles de la langue. En politique, c'est pareil»).

(15) PAUL VALÉRY: *Cahiers*, pág. 249 («On en fait pas les ouvrages que l'on voulait faire - on obéit à tout autre qu'à soi»).

una determinada forma: «No hay libertad alguna», afirmaba Mitterrand, «sin una organización de la libertad» (16).

### LAS TRES PARADOJAS

¿No puede parecer que si se «organiza» la libertad —lo que supone definirla y, con ello, constreñirla— lo que se está haciendo en realidad es acabar con toda libertad? ¿Debe encuadrarse la libertad en una determinada forma para resultar efectiva? ¿Están indisolublemente unidas la libertad y sus formas de disfrute, aun cuando resulten contradictorias? ¿Quería Mitterrand decir algo así?

Volvemos así de nuevo al modelo paradójico por el que se desarrolla la creatividad en el seno de la política. En la medida en que la política admite la adopción de formas —y debe adoptar alguna forma si quiere resultar eficaz— resulta inevitable que efectivamente adopte determinadas formas. El *homo politicus* «gobernará» en la medida en que lo haga desde una determinada forma de gobierno. Ahora bien, ¿qué es lo que ilumina al príncipe que quiere gobernar, a la hora de decidir *cómo* quiere hacerlo?

### LA PARADOJA DEL PODER

Para empezar, se encontrará con una primera paradoja en la naturaleza de la acción política de gobierno. Se trata de la paradoja del poder.

Supongamos una situación concreta. Ante el escritorio del *Oval Office* de la Casa Blanca en Washington se encuentra sentada una única persona. El presidente norteamericano. Supongamos que se trata de su primer día en el cargo. Todo le resulta nuevo. La persona sentada frente al escritorio acumula enormes energías políticas y grandes planes sociales. Le pertenece todo el poder que le otorga la Constitución americana. El presidente dirige todos los asuntos gubernamentales del país. Y precisamente ahora, la persona sentada frente al escritorio del *Oval Office* se dispone a gobernar los Estados Unidos.

El 5 de marzo de 1933, por ejemplo, se produjo una situación así. Franklin D. Roosevelt había jurado el día anterior el cargo de presidente y había acudido hoy, en su primer día de trabajo, al *Oval Office*. Tomó asiento por primera vez frente al escritorio presidencial y se dispuso a comenzar su tarea de gobierno como nuevo presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, no podía hacerlo. Su antecesor en el cargo, Herbert C. Hoover, se lo había llevado todo. Los cajones del escritorio se encontraban vacíos, no había dejado ni una hoja de papel, y no podía encontrar ni un

---

(16) Entrevista con François Mitterrand en *Liberation*, núm. 923, 10 de mayo de 1984, pág. 6 («Il n'y a pas de liberté sans une organisation de la liberté»).

solo lapicero. Roosevelt, imposibilitado para su tarea y solo en la habitación, comenzó a llamar a través de la puerta abierta, pasillo abajo, a alguien que le trajera un juego de escritorio. Transcurrió así cierto tiempo hasta que alguien oyó al presidente de los Estados Unidos —esa persona tan «poderosa» a nivel mundial— y pudo proporcionarle los primeros instrumentos necesarios para su gobierno: papel y algo para escribir (17).

En los primeros días tras el 10 de mayo de 1981 Mitterrand se encontraba en una situación similar. Era el nuevo Presidente de la República y había recibido «todo» el poder correspondiente de manos de su predecesor. ¿Pero qué poder? Los muebles del Elíseo estaban vacíos y con su predecesor habían desaparecido también todos sus documentos.

Al comenzar el ejercicio del poder —he aquí la paradoja— no hay en realidad poder alguno. Las circunstancias concretas con que se va a encontrar dicho ejercicio, y que podrán dificultar o incluso imposibilitar su desarrollo, se encuentran definidas ya con mucha anterioridad. Así ocurrirá, de manera ejemplar, en los modernos Estados constitucionales. El sistema constitucional se erige así en el peor enemigo del poder, caracterizándose precisamente por desconfiar del mismo y por conducir sus pasos guiado por dicha desconfianza. Su fin primordial es la libertad y, en consecuencia, dedica todo su esfuerzo a la construcción de un sistema basado en la libertad y donde ésta se encuentre plenamente garantizada. Precisamente por ello el orden constitucional se caracteriza por fraccionar todo poder y por establecer un juego de tensiones donde la tendencia expansiva de todo poder choque siempre, de forma inevitable, con otro poder también expansivo, limitándose así mutuamente. La lógica de esta mecánica conduce así a una verdadera parálisis del poder, lo que constituye precisamente, desde la perspectiva de la libertad, el resultado deseado.

Adentrándose en el pensamiento constitucional, reflexionaba Mitterrand, con la llegada de un nuevo año, en torno a su experiencia en el poder. «Por un lado, el Presidente de la República francesa», afirmaba, «incluso durante la V República, está dotado de un poder cada vez menor, mucho menor desde luego de lo que pueda imaginarse; pero por otro lado, aun así, resulta mucho más poderoso que la mayoría de los Jefes de Estado democráticos». Mitterrand planteaba así una pregunta: «¿Cómo puede salvarse tal contradicción?» El presidente francés tiene «mucho menos poder del que se cree, dada la existencia, afortunadamente, de determinadas instituciones y tradiciones; y es que un Jefe de gobierno que no mantenga las instituciones y las tradiciones, está llamado a no permanecer mucho en su cargo». ¿Por qué? Mitterrand ofrecía, a todos aquellos que creían su poder como Presidente de la República un poder casi ilimitado, una respuesta demoledora: «El poder se escurre por cada uno de sus bordes; ocurre como con una cazuela demasiado llena, que no puede permanecer así durante mucho tiempo, sin que la fantasía o la arbitrariedad comiencen a escaparse.»

---

(17) Véase ARTHUR M. JR. SCHLESINGER: *The age of Roosevelt. The coming of the New Deal*, Boston, 1958, pág. 2 y ss.

Sin embargo, no todo es un tremendo agujero negro frente a los ojos del poderoso. El gobernante tampoco debe «engañarse». Frente a él también se extiende su obra. Al poderoso siempre le queda la «maravillosa» fuerza creativa de su poder: «Lo maravilloso del poder, según mi definición, es que sigue permitiendo influir sobre las cosas y sobre la vida...» (18).

#### LA PARADOJA DE LA CREATIVIDAD

El príncipe se encuentra por tanto atado, a la vez que es libre para desarrollar su poder. ¿Cómo deberá actuar? La pregunta resulta, sin embargo, precipitada, puesto que antes de comenzar a desempeñar su tarea deberá enfrentarse a una segunda paradoja. Se trata de la paradoja de la creatividad, que surge de nuevo al enfrentarse a la tarea de gobierno. Ocurre que las personas sobre las que el príncipe pretende gobernar no se han dedicado a esperarle durante todas sus vidas. Desde mucho antes de su llegada al poder se han dedicado, precisamente, a llenarlas de contenido, desempeñando así, también, una labor creativa. Y, por supuesto, siguen desarrollándola al llegar aquél al poder. La intención creativa del príncipe no encontrará pues hueco alguno, no encontrará ningún vacío donde poder establecer, crear o producir nada. Más bien al contrario. Frente a él se alza un mundo plenamente organizado y configurado. Se enfrenta a una situación donde todo espacio en principio destinado a crear se encuentra, por lo tanto, ocupado. ¿Qué podrá entonces hacer aquel que pretenda gobernar?

A este respecto, Mitterrand y su equipo dictaron, en los primeros dos años tras su toma de posesión, una auténtica lección política. Pretendían hacer encajar la economía francesa en el molde de sus ideas político-económicas. Pero ocurría que el espacio destinado a la innovación económica se encontraba ya plenamente ocupado. La economía francesa no seguía precisamente los dictados socialistas, y no parecía tampoco estar muy dispuesta a hacerlo. El proyecto socialista se encontró, por lo tanto, con que no había ninguna realidad «vacía» —y por lo tanto desorganizada—, sino únicamente una realidad plenamente ocupada —y organizada—, y ocupada además por unos propósitos verdaderamente opuestos a los ahora perseguidos. ¿Qué espacio

---

(18) Presidencia de la República, Servicio de Prensa, Documento de uso interno; «Allocution prononcée par Monsieur François Mitterrand, Président de la République, lors de la présentation des voeux de la presse», 6 de enero de 1995, pág. 2. (Los subrayados son del autor; «D'une part, un Président de la République française, même sous la V<sup>ème</sup> République, a toujours beaucoup moins de pouvoir que vous en l'imaginez; d'autre part, il en a plus que n'en ont la plupart des chefs d'Etats démocratiques. - Comment allier ces contraires? - ...beaucoup moins de pouvoir qu'on en croit parce que d'abord il y a, heureusement des institutions et des traditions; et un chef de l'Etat qui s'amuserait à manquer aux institutions et aux traditions, cela en durerait pas longtemps. - Le pouvoir échappe par tous les bords, c'est comme une casserole trop pleine, rien n'est vraiment possible durablement qui relèverait de la fantaisie ou de l'arbitraire. - Ce qui est merveilleux avec le pouvoir, limité à ma définition, c'est qu'il permet quand même d'agir sur les choses et sur les êtres...»)

quedaba para la creatividad en el nuevo proyecto en curso? ¿No parece imposibilitarse así toda intención creativa, para la que había poderosos fundamentos y, sobre todo —sostenido en la voluntad de los electores—, un auténtico encargo? Fue necesario el transcurso de casi tres años para que Mitterrand y su equipo hallaran salida a la contradicción y pudieran emprender el camino que les condujo hacia una política económica propia y hacia una solución creativa dentro de la paradoja de la creatividad.

Toda esta complicación en torno al proyecto socialista y la paradoja aquí descrita tiene su origen en el comienzo mismo del proyecto, en la elección de Mitterrand. Para la multitud que celebraba su triunfo en la plaza de la Bastilla, la misma noche de su elección, estaba surgiendo una nueva creación en el mundo de la política. Sólo así puede entenderse el clamor —vertido con evidente intención metafórica— con el que saludaban al nuevo soberano: *Mitterrand-Soleil!*

Y todo esto no procede de la casualidad. Todo aquel que pretende ser elegido o que pretende conseguir cualquier forma de consentimiento por parte de aquellos que van a ser gobernados, viene a prometer, invariablemente, un «buen» gobierno y, con ello, una falsedad. Un gobierno creado por hombres, buenos y malos, y creado en un mundo de hombres, buenos y malos, podrá ser en todo caso un gobierno útil o provechoso, pero en ningún caso «bueno». Un gobierno, de hecho, no se constituye para ofrecer una determinada visión de la bondad; el propio mundo de los hombres —a pesar de todos los esfuerzos vertidos al respecto— no puede considerarse, en sí mismo, «bueno». Poco arregla, de hecho, aquel que, pretendiendo gobernar, se encomienda en sus promesas electorales a dicha visión, se centra en tan conocida promesa electoral. De hacerlo, estaría prometiendo algo falso. Pero probablemente le de igual no ser un candidato sincero. También aquí sale a la luz, de forma además absolutamente cotidiana, la paradoja de la creatividad.

Antes de su elección en mayo de 1981, Mitterrand prometió el cielo socialista. Ya entonces era un verdadero maestro en su arte, al afirmar que «el poder no es señor de los acontecimientos que se producen en el mundo, y que repercuten en cada uno de los países que lo componen» (19).

#### LA PARADOJA DE LA POLÍTICA

Basta con asomarse por el Eliseo tras un día cualquiera de trabajo, al comenzar a anochecer, para descubrir la más elemental de las tres paradojas, la paradoja de la política. Basta con dar unos pocos pasos para experimentar con claridad la transición entre dos concepciones absolutamente distintas de nuestro mundo. Nos encontramos en una de las habitaciones del Palacio situado en el lado opuesto de la avenida, y acabamos de experimentar una fuerte caída en plena realidad. Lo que hace sólo

---

(19) *Idem*, pág. 6 («Le pouvoir n'est pas maître des événements qui se produisent dans le monde et qui se répercutent dans chacun des pays qui composent le monde»).

unos momentos percibíamos como un mundo uniforme, se nos muestra ahora como una pluralidad inabarcable y compuesta de miles y miles de partes. Lo que antes apreciábamos al observar a través de la ventana del Eliseo se ha desvanecido como una ilusión. ¿Las personas de aquí afuera son gobernadas desde allí dentro? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible siquiera imaginarlo?

Un príncipe, sin embargo, no puede plantearse esta pregunta. De hacerlo, todo el ejercicio de «gobernar» carecería de sentido alguno. No es posible crearse una determinada imagen de la realidad política y no ver desde el Palacio del Eliseo, permaneciendo en el ejemplo antes señalado, cualquier otra cosa que aquello que se nos muestra de manera ostensible desde los Campos Eliseos: la realidad de la política en las personas no es sino un inabarcable conjunto de muchos, cada uno de ellos con sus propios deseos y sus propios propósitos, sus propios caminos y sus propias metas, sus propios planes y sus propias concepciones de la vida, sus propias trayectorias personales y sus propias estaciones vitales, posibilitando un juego infinito de combinaciones, esperanzas, agrupaciones, disoluciones, acuerdos, enemistades, colisiones, conflictos, amistades, separaciones. Todo aquel que se asome desde el Eliseo, por la Avenida de Marigny, hasta el cruce con los Campos Eliseos, comprenderá inmediatamente la imagen. Frente a él se encontrará al torbellino humano, dirigiéndose continuamente, una vez más, al caos.

El príncipe deberá observar todo este dibujo minuciosamente si quiere ser tal príncipe, si realmente quiere gobernar. Y todavía deberá observar un segundo cuadro, con toda su intención, si quiere no sólo gobernar, sino gobernar eficazmente. Deberá ser capaz de reunir en su figura la unidad y la diversidad, los hombres unidos y separados, la Polis y el Caos.

Fuera del mundo de cada uno de los hombres existe un mundo totalmente distinto, donde existe un gobierno. El propio se encuentra ordenado, mientras el otro es todo confusión. El propio se tiene por estable, mientras que en el segundo todo es fluido. El propio se caracteriza por su construcción uniforme, mientras que el otro sólo se compone de pedazos.

El príncipe gobierna sobre un mundo muy distinto al que él mismo imaginaba para su propio gobierno. Durante los primeros días de su mandato, el mundo del presidente Mitterrand se mostraba tranquilo sobre las firmes estructuras de las ceremonias de la República. Francia está viva y se encarna en un nuevo presidente. En su base, como si fuera una cumbre, y a su alrededor, como en torno a un centro, se estructura el Estado francés, con todo su poder, tanto hacia el interior como hacia el exterior. El ceremonial no hace sino simbolizar todo esto de manera manifiesta. Durante las celebraciones de Estado, con el coche presidencial recorriendo la *via sacra*, su ocupante brilla como el símbolo del mundo por él gobernado. Él es el poderoso, y a través suyo Francia resulta poderosa entre los hombres.

Francia está viva y es poderosa. Está viva y, sin embargo, no es sino un juguete de la especulación de los mercados financieros internacionales. En la limusina presidencial se sienta un presidente, al que se acaba de informar de la previsión de una fuerte especulación en los mercados internacionales de la moneda francesa, cuyo valor en el

exterior, de no tomarse medidas urgentes, no volverá a recuperarse. Las compras desarrolladas en apoyo del franco no han dado resultado alguno, y los recursos fijados al efecto se agotarán en uno o dos días. En tal caso, la cotización del franco estaría dictada por la especulación, lo que alteraría completamente tanto la política monetaria como la situación de política exterior francesa. Dicho de otro modo: la victoria de la especulación supondría una derrota de Francia como Estado soberano.

El gobierno francés disponía de varias posibilidades para reaccionar contra la crisis monetaria, en realidad una auténtica crisis de poder. Los consejeros del presidente Mitterrand le habían proporcionado multitud de consejos contradictorios. El problema de la especulación se estaba convirtiendo en un problema con su propio equipo. Y apenas quedaba tiempo. Fuera, en las ceremonias de poder, todo transcurría según lo previsto. Dentro del coche, Mitterrand debía retener la soberanía de Francia, a punto de desvanecerse, con un mero acto de voluntad. Desde fuera, el mundo del presidente daba una impresión de absoluta calma y orden. Dentro todo fluía y el presidente debía alzar inmediatamente la barrera de su decisión contra la inestabilidad.

Mitterrand podría pensar «hacia afuera» y actuar en consecuencia «hacia dentro», como si él fuera el *Poderoso* y Francia, por supuesto, fuera soberana. Conservaría el poder en una realidad fluida pretendiendo gobernar así. Pero también podría atenerse a lo de «dentro» y actuar «fuera» en consecuencia, como si él fuera el *Poderoso* y toda Francia fuera su escenario. En tal caso, perseguiría con el poder una realidad fluida, pretendiendo gobernar así.

¿Qué hacer? Disponía de un tremendo poder y, sin embargo, carecía del poder suficiente. Y era sólo el primer día.

#### LA LÓGICA DE LA CREATIVIDAD EN LA POLÍTICA

La caracterización procede de un colaborador de Mitterrand en el Eliseo: «La dificultad para gobernar es la siguiente: hay que tener un sentido extremadamente sensible para apreciar la complejidad de las cosas y, sin embargo, ser capaz de encontrar una solución. Malraux lo explica estupendamente en *L'Espoir*: hay un personaje, llamado Scali, que afirma que no es posible ser un hombre de acción y ser a la vez un intelectual, dado que el intelectual tendrá forzosamente ese sentido de la complejidad y el hombre de acción no podrá ser otra cosa que maniqueo, no podrá sino creer que los demás están permanentemente equivocados y que él siempre tiene la razón. Precisamente por ello los personajes como Mitterrand son tan interesantes, por tratarse de un intelectual con un sentido extremadamente sensible para apreciar la complejidad de las cosas y de los seres vivos y, sin embargo, ser capaz de encontrar la solución en cualquier circunstancia. Para ello resultará imprescindible pasar por alto, en un momento dado, la complejidad de las cosas» (20).

(20) MAURICE BENASSAYAG, en CAROLINE LANG (Hg.): *Le Cercle des intimes. François Mitterrand par ses proches*. París, 1996, pág. 91 («La difficulté de gouverner, c'est cela: avoir un sens aigu de la

Mitterrand siempre sostuvo esta paradoja. Gobernaba realmente en ella. En el caos y no contra el caos. Gobernaba con él. Y así gobernaba eficazmente. Creando a la vez que admitía el caos. Mitterrand se rebelaba contra aquella realidad que, como la *fortuna* de Maquiavelo, podía someterle y transformarle en un juguete de sus caprichos. Y se rebelaba también contra aquel poder que, como el *eros* de las enseñanzas de Platón, era capaz de seducirle y hacerle desear, cada vez más, la posibilidad de influir sobre el mundo. Se mantenía en un punto medio de ambos extremos, entre realidad y poder, entre caos y forma. Se beneficiaba de las estructuras fluidas, para volver a enviarlas después a la realidad fluctuante. El nuevo presidente en el Elíseo, Mitterrand, se reflejaba así en una figura muy definida: la del príncipe del *Chaosmos*.

Así pues, hay una lógica en la morfogénesis del gobierno, que podría seguir (o más bien seguirá) todo aquel que pretenda gobernar, para descubrir cómo debe hacerlo. Dicha lógica viene a señalar el camino que debe tomar la creatividad en la política. Situará a aquel que pretenda constituir un gobierno con otros en un estado fluido entre el caos y la forma. Si lo que se pretende es que penetre la creatividad en la política, se hace necesario un príncipe capaz de crear el *Chaosmos* como modelo de gobierno, y que posibilite con ello un gobierno creativo.

En el espíritu de Mitterrand no había ninguna teoría estafalaria. Contestaba siempre a las correspondientes preguntas de forma empírica, con observaciones de toda una vida en la política (21). Y dado que sus conocimientos procedían más bien de las experiencias propias que de conocimiento científico alguno, podía estar siempre seguro de aquello que veía y le bastaba con conducir sus conocimientos a la realidad de la gente y sus métodos de gobierno al plano de los «objetivos». Mitterrand no debía conocer la discusión tradicional en torno al «gobernar» del pensamiento político norteamericano, que exactamente igual que él —como ya hiciera James Madison en su obra *Federalist Papers*— no hacía sino discutir el modo de encontrar el mecanismo apropiado de gobierno, el modo de combinar lo fijo y lo mudable, la «stability» y la «liberty» (22).

Formado en la literatura, Mitterrand suprimiría una de las líneas de las *Flores del mal* de Baudelaire para describir así su forma de gobernar: «Odio el movimiento que desplaza las líneas», diría Baudelaire. Mitterrand tomaría sólo una parte. Prescindiría del verbo, dotando al nombre de un poder causal, intencional y realmente

---

complexité des choses et savoir malgré tout prendre une décision. Malraux l'explique très bien dans *L'Espoir*: il y a un personnage qui s'appelle Scali qui dit que l'on en peut pas être un homme d'action quand on est un intellectuel, parce que l'intellectuel a forcément le sens de la complexité; parce que pour être un homme d'action, il faut être manichéen, il faut penser que l'autre a tout à fait tort et qu'on a tout à fait raison. C'est pourquoi les personnages comme Mitterrand sont intéressants, parce que c'est un intellectuel qui a un sens aigu de la complexité des choses et des êtres et, malgré cela, il prend des décisions. C'est-à-dire qu'à un moment donné, il faut passer par-dessus la complexité des choses».

(21) Entrevista del autor con François Mitterrand, el 17 de marzo de 1994.

(22) *The Federalist*, Nr. 63 (Madison).

creativo. Así se expresaría, pues, al explicar su entendimiento del gobernar: «El movimiento que desplaza las líneas» (23).

Concebía la naturaleza del gobernar con formulaciones muy sencillas, dando el siguiente consejo al respecto: «Se deben evitar las costumbres» (24). Se comportaba de tal forma que siempre podía aprenderse algo de él. No sólo el Consejo de Ministros, sino también algún grupo de compañeros de viaje o cualquier círculo de amigos o colegas de trabajo, eran transformados de cuando en cuando por Mitterrand, por unos momentos, en academias para sus lecciones. Solía decirse de él que se expresaba de forma tan ambigua con el fin de que sus pensamientos no fueran realmente comprendidos. Y pese a que el eco de sus pensamientos en sus manifestaciones fuera extremadamente comedido, tenía del todo claro lo que realmente pensaba: «Yo no digo que no haya en Mitterrand habilidad alguna, e incluso una habilidad tan calculadora que pueda llegar a herir. Pero al mismo tiempo, se expresa fundamentalmente con una determinada visión de la naturaleza de la vida: la ambigüedad... que contribuye a hacerlo todo más interesante. Ambigüedad ésta que le permitía relativizarlo todo y considerar que cada nueva relación o cada nueva situación no son sino una etapa más en el camino, dado que en definitiva nada resulta absoluto. Así es como he aprendido de él que la vida sólo debe ser juzgada al final y que, en general, todo debe ser interpretado una vez concluido en su totalidad. No hay ningún final, el camino es el final» (25).

#### LA PRIMACÍA DE LAS PERSONAS

Pero Mitterrand no se limitaba a enseñar la lógica de la creatividad en la política, sino que, sobre todo, la *practicaba*. Y la practicaba desde el primero mismo de sus axiomas. Éste venía a afirmar que aquél que pretenda gobernar de forma creativa, deberá someter su política a la primacía de las personas. Las organizaciones, de hecho, le interesaban a Mitterrand bastante poco. Lo que realmente le interesaban eran las personas (26).

---

(23) CHARLES BAUDELAIRE: *Les fleurs du mal*, XVII («La beauté»). Entrevista con Mitterrand en *Libération*, núm. 923, 10 de mayo de 1984.

(24) «Les réflexions de M. Mitterrand entre deux poses», en *Le Monde*, 4 de febrero de 1986 («Il faut éviter les habitudes»).

(25) LAURENT FABIOUS, en CAROLINE LANG (Hg.): a.a.0., pág. 105 y ss. («Je ne dis pas qu'il n'y a pas d'habileté chez Mitterrand - et parfois une habileté tellement tactique que cela peut heurter. Mais en même temps, et d'abord, c'est une perception de la façon dont est la vie: l'ambivalence... Cela le rend singulièrement intéressant... Cette ambivalence le conduit à tout relativiser et à considérer que chaque type de rapport, chaque situation n'est qu'une étape par rapport à un cheminement, parce que rien n'est jamais définitif. Une des leçons qu'il m'a transmises est qu'il faut juger la vie à la fin et qu'un fait ne se lit qu'à travers le parcours d'ensemble. Il n'y a pas de fin, c'est le chemin qui est la fin»).

(26) JEAN VÉDRINE, en CAROLINE LANG (Hg.), pág. 21: «Les organisations, en réalité, ça l'intéresse peu. C'est les hommes.»

Desplegaba así un sentido de la realidad que le conduciría, durante la vida cotidiana de su política, a una manifestación muy particular de la misma. Así es como a determinados artefactos lingüísticos de la política, como por ejemplo el «Estado» o el «gobierno», les adjudicaba su propia realidad, como si realmente el Estado o el gobierno tuvieran unas realidades *sui generis*. Apoyada en el brillo de la realidad y envuelta en la eficacia de las instituciones políticas, esta visión ha ido extendiéndose de forma general por todo el mundo político. De la realidad de las personas se desprende un mundo de instituciones, donde, si se ignora todo lo demás, nadie alcanzaría a ver ninguna institución denominada «gobierno», sino que todos aquellos que observen con detenimiento no verán sino personas, de las que precisamente estaría constituido el correspondiente gobierno.

En un mundo de instituciones, la verdad del mundo de las personas sólo podrá percibirse parcialmente. De todos es sabido que aquel mundo se compone precisamente de personas, pero sólo unos pocos serán capaces de mirar un poco más allá y de seguir así la lógica que guía dicho conocimiento empírico. Quienes así lo hagan y permanezcan pese a ello en la realidad política y en su mero desarrollo como realidad política, acabaran entrando en razón y abriéndose a la verdad y la creatividad del mundo de las personas. Así verán este mundo no sólo desde el punto de vista de su estructura —se compone de personas—, sino, sobre todo, desde el punto de vista de su creación —se compone de personas, puesto que fue erigido *por* personas—. Éstas constituyen sin duda su elemento creador y, por ello, concluyente. O expresado políticamente: en un mundo de personas sólo éstas pueden constituir el poder para la creación y la estructuración de dicho mundo. Una unión de personas es una unión de poder. Y dicho poder se constituye en el elemento fundamental del mundo de las personas, en aquello que lo sostiene. Así es como cuando las personas se unen dentro de su mundo político, están siendo tan creadoras como pueden serlo: están creando poder para crear así su mundo.

Todo gobierno, pues, tiene su origen en determinadas personas que se unen para gobernar. «To have friends, is Power», escribió Thomas Hobbes en su *Leviathan*. Una única persona podrá ejercer el mando gracias al «poder natural» de los individuos, gracias a unas facultades físicas o intelectuales superiores al resto, como lo haría alguien con una gran fuerza física, una oratoria invencible o una extraordinaria inteligencia. Pero si esta única persona tuviera además amigos, ampliaría su poder natural con el poder de sus amigos: «Habrán unido sus fuerzas en una» (27).

Las amistades constituyeron de hecho el elemento más fuerte y constante en la vida de Mitterrand. Ésta puede leerse como un auténtico libro de la amistad, escrito capítulo a capítulo desde su primera juventud, una amistad tras otra, añadiendo al grupo, progresivamente, nuevos amigos. Era un verdadero maestro en la cultura de la amistad. A ella se dedicaba con el mayor de los esmeros, manteniendo su lealtad incluso hacia viejas amistades ya cerradas, e incluso bajo cir-

---

(27) THOMAS HOBBS: *Leviathan* (I,10), Harmondsworth, 1972, pág. 150.

cunstances absolutamente distintas, como su presidencia en el Elíseo, que tanto le alejaron de las posiciones más humildes en las que «se quedaron» muchos de sus amigos. Es algo que nunca olvidaría. Incluso el Presidente de Francia se mantuvo amigo de sus amigos, escribiendo postales, desde uno u otro lugar del mundo donde estuviera entrevistándose con cualquier otro gran príncipe, a todos aquellos amigos de Morvan, gente sencilla pero aún amigos desde la época en que Mitterrand fuera su alcalde (28).

Mitterrand fue creando durante su vida —más concretamente, durante su vida política— su propio «partido», el partido de sus amigos. Éstos unían sus fuerzas en una, en el poder político de François Mitterrand. Con todas sus redes de relaciones, con todos los apoyos y lealtades erigidos con sus distintas amistades, Mitterrand fue acercándose año tras año a su meta de gobernar, haciéndose así más y más poderoso según el modelo clásico. Mostraba así cómo articular las enseñanzas de Thomas Hobbes. Venía a parecerse también a otros príncipes en el arte de gobernar, al proteger su poder de gobierno con todo el poder de las personas que le rodeaban. Se añadía así a la ya larga lista un nuevo ejemplo de la paradigmática conexión entre gobierno y relaciones de amistad. Una lectura del libro de Roland Syme *La revolución romana* nos descubre cómo Mitterrand seguía la lógica creativa ya entonces existente, como ya hicieran en su momento Augusto o César. «El imperio de Augusto era el imperio de un partido», podemos leer. (Y el término «partido» no expresa aquí ningún tipo de partido-organización en su sentido moderno, sino un mero partido de amigos.) Como es sabido, César «trazaba sus planes y tomaba sus decisiones acompañado siempre de sus íntimos amigos y secretarios». O, como también afirma Syme, «un hombre de Estado es débil sin un partido». Y en torno a la ética de estas alianzas políticas entre amigos, escribe: «La lealtad sólo se gana con lealtad. César nunca dejó a un amigo abandonado, lo que constituía un rasgo invariable e inequívoco de su carácter» (29).

Syme podría haber encontrado su César en Mitterrand, dado que la política de amistades del francés se asemejaba muchísimo a la de los príncipes romanos. Aunque, naturalmente, Mitterrand no tenía en mente sino su propia estrategia de poder cuando adoptaba las más importantes decisiones para Francia «acompañado siempre de sus íntimos amigos y secretarios», o cuando el hecho de no abandonar nunca a un amigo —para sorpresa y admiración de los demás— «constituía un rasgo invariable e inequívoco de su carácter». Mitterrand no podía prescindir de ninguno de sus vínculos de amistad, dado que sostenía su poder precisamente en tales relaciones: la amistad era el mayor de los bienes, origen y forma de todo poder creativo. Precisamente en la unión con otras personas, personas concretas en una u otra situación, descansa el poder, el poder para gobernar. «Personnel is policy»; así lo expresa un

---

(28) Véase vsd. número especial 11, 17 de enero de 1996, pág. 68.

(29) RONALD SYME: *The Roman Revolution*, 1939. Dt. *Die Römische Revolution*, München, 1992, págs. 13, 56, 60, 114.

autor americano, con una plasticidad inigualable, que sólo podemos encontrar en las formulaciones del lenguaje político norteamericano (30).

En la historia más reciente de la presidencia norteamericana podemos encontrar el contrapunto a esta profunda sabiduría de Mitterrand. ¿Por qué esta fidelidad absoluta a la primacía de las personas?, cabría preguntarse. ¿Las alianzas entre amigos, realmente allanan el camino de la política?

En verano de 1979 el *New York Times* publicaba un análisis de la situación de Jimmy Carter en la Casa Blanca. Transcurría todavía el tercer año de su mandato como presidente de los Estados Unidos, y sin embargo ya comenzaba a dar muestras de ineficacia dentro del juego de poder de la política norteamericana. Carter resultó ser un actor extremadamente débil, cuyos planes e iniciativas rebotaban una y otra vez contra los muros de poder erigidos por los demás actores, especialmente por sus rivales en el Congreso. ¿Por qué? La respuesta descubierta por el *New York Times* era sencilla, significativa e instructiva. Ciertamente, Carter era presidente. Pero no era ningún príncipe: «La respuesta, sencillamente, es que no tiene ningún amigo en el Congreso (“on Capitol Hill”). “Carece de cualquier tipo de confianza a la que poder recurrir”, diría un senador de los Estados del Sur. “Cuando uno se encuentra en dificultades, resulta imprescindible contar con amigos de confianza a los que acudir, que es precisamente lo que a él le falta”» (31).

#### PODER POLÍTICO: PROBLEMAS Y ESTRATEGIAS DE LA CREATIVIDAD EN EL PODER

Todo aquel que pretenda gobernar creativamente, generará creatividad —en su poder— a través de personas. Éstas constituyen, precisamente, el elemento generador del movimiento que conduce al resultado en que consiste el poder. Son las personas quienes desarrollan el movimiento en el que acontece el poder creativo: así ocurrirá en cada uno de los movimientos de hombres entre hombres y para hombres, que vengán a denominarse «gobernar».

Aunque, naturalmente, no puede tratarse de movimientos libres en un espacio vacío. El mundo político en el que comienza a actuar el príncipe no va a estar constituido, desde luego, por una «nada» pendiente de ser rellenada por su creatividad. Se habrá ido configurando y reconfigurando, rellenándose paulatinamente con distintas formas —más exactamente, formas de poder—. Lo que ahora erija el poder, por lo tanto, no será sino una estructura de poder entre muchas, quizá nueva entre las demás ya preexistentes desde hace tiempo, y que como tales estarán firmemente consolidadas y serán en principio reticentes a cualquier tipo de transformación.

(30) EDWIN J. JR. FEULNER, citado en RONALD BROWNSTEIN: «Jobs are the Currency of Politics, and the White House is on Spending Spree», *National Journal*, Nr. 50-51, 15 de diciembre de 1984, pág. 2386.

(31) Véase STEVEN V. ROBERTS: «Carter Accord with Congress: President is apparently seeking to ease strains», en *New York Times*, 5 de junio de 1979.

Sólo las personas crean e integran organizaciones e instituciones. Sin embargo, frente a todo aquel que se tope —o choque— «desde afuera» con una organización o una institución, ésta vendrá a actuar como un bloque, como una dificultad frente a su propio poder, mucho más fuerte de lo que sería el poder individual de sus distintos miembros aisladamente considerados. Se encontrará pues ante un bloque de poder en el que rebotará si pretende influir en él, o frente al que solamente conseguirá que se produzca en su interior lo que desde dentro realmente se quiera impulsar.

Gobernar consiste precisamente en crear poder. A través de personas. Y para personas. Mediante una determinada forma de estructuración del poder que consiga echar abajo de forma creativa lo que antes hemos denominado resistencia institucional.

Qué situación podría presentarse si no se hiciera absolutamente nada es algo que nos enseña de nuevo la experiencia. Harry S. Truman había acumulado una experiencia de ocho años en la presidencia de los Estados Unidos, cuando contestaba a una pregunta poco antes de su despedida. La pregunta hacía referencia a Dwight D. Eisenhower, recientemente elegido como su sucesor. ¿Cómo creía él —le preguntaban a Truman— que llevaría a cabo Eisenhower su nueva función? «Se sentará justo ahí», contestó señalando a su escritorio, «y empezará a decir: "¡Haz esto! ¡Haz lo otro!" Y no se hará nada, absolutamente nada. Pobre Ike... esto no se parece en nada al ejército. Todo le va a parecer tremendamente frustrante» (32).

Roosevelt dijo cosas parecidas sobre el problema de la frustración del poder (33). Y Mitterrand, por supuesto, tampoco escapó del mismo. De hecho, no se ha cansado de explicar las dificultades que tuvo, durante años, para la ejecución de sus *grands travaux*, de sus grandes proyectos arquitectónicos. Siempre describió de forma muy elocuente la resistencia institucional que encontraba frente a cada uno de sus proyectos (34). Y solamente conseguía vencer los obstáculos levantados frente a sus proyectos en la medida en que era capaz de desarrollar, frente al aparato estatal, el poder necesario para la ejecución de los mismos, y en la medida en que conseguiera impulsarlos, mediante el correspondiente poder político-creativo, hasta su perfección. «Saben ustedes», explicaba a los periodistas, «yo tuve que defender los *grands travaux* como el perro y el gato» (35). Así es como Mitterrand ilustraba, sobre la base de su propia experiencia, su lección sobre el poder.

«Todo el poder del que goza el Presidente de la República, sin embargo, no le permite decidir en ningún momento sobre la asignación de enormes sumas de dinero, de miles de millones de francos, sin que su decisión pase por toda una serie de controles. Incluso de mis propios ministros, a los que yo mismo había escogido, es-

---

(32) Véase RICHARD E. NEUSTADT: *Presidential Power. The Politics of Leadership*, Nueva York, 1961, pág. 9.

(33) Véase FRED I. GREENSTEIN: *Leadership on the Modern Presidency*, Cambridge, Mass. - Londres, 1988, pág. 27 y ss.

(34) En una conversación con el autor, el 15 de junio de 1993.

(35) Discurso pronunciado por François Mitterrand el 6 de enero de 1995 (s. Anm. 20), pág. 7.

pecialmente los señores Delors y Bérégovoy, y más tarde el señor Sapin, tenía que soportar cada tres o cuatro meses, y no exagero, que el presupuesto debía reducirse en algunos cientos de millones, que había que optar por el ahorro entre los distintos conceptos presupuestarios, que la gente de Economía no podía cuadrar todo aquello, que la Administración de Hacienda estaba contra la idea de los *grands travaux*... Podría mencionarles ocho o nueve ministerios que tenían que estar constantemente mendigando y que, después de todo lo peleado, volvían a quedarse sin la mitad o las dos terceras partes de lo obtenido porque entre la aprobación de unos determinados fondos y su entrega efectiva se extendía todo un mundo de problemas administrativos, lo que en la práctica suponía caer en una decepción detrás de otra» (36).

Pero el príncipe va a dedicarse precisamente a crear poder, y a hacerlo de tal forma que siempre pueda extraer de las estructuras por él diseñadas el poder necesario para ser más poderoso que los demás dentro del juego de poderes establecido: «Ahí estaba yo y aquello era el poder. Y era, antes que nada, algo perdurable que, además, pude alargar un poco más, gracias a lo cual dispuse de tiempo suficiente. Mientras la Administración tiene entre sus cualidades el mantenerse siempre constante y firme, los responsables políticos, por el contrario, cambian constantemente. Y precisamente ahí se encuentra el Presidente de la República, elegido para siete años, tiempo éste que si lo multiplican ustedes por dos, le resultará más o menos suficiente. Así, cada vez que Jaques Delors o Pierre Beregovoy venían y me decían: Hay que reducir los créditos presupuestarios en no sé que tanto por ciento... Yo siempre les contestaba que no. Reconozco que estaba actuando como un príncipe. ¿Y qué? Nunca podría haber habido una política arquitectónica en Francia si el presupuesto se calculara siempre de año en año; sería imposible, faltarían siempre los millones necesarios, porque siempre se está en déficit. Así que aguanté bien» (37).

---

(36) *Idem*, pág. 7 y ss. («A aucun moment le pouvoir du Président de la République ne lui permet de décider que des sommes importantes, dépassant le milliard de francs par exemple, peuvent être attribués sans passer par toute une série de contrôles... Même avec des ministres que j'avais choisis, essentiellement Messieurs Delors et Bérégovoy, puis Monsieur Sapin, je vous assure que tous les trois ou quatre mois, on voulait amputer le budget de quelques centaines de millions, parce qu'il fallait faire des économies, choisir entre les différents chapitres du budget, et puis parce que cela ne plaisait pas, et parce que l'administration des Finances ne supportait pas cette idée des grands travaux... Je pourrais vous citer huit ou neuf ministères qui sont obligés de mendier leurs sous et quand ils les ont obtenus, on leur en reprend la moitié ou les deux-tiers, parce qu'entre l'autorisation de dépenses et la dépense, il se passe un monde des problèmes administratifs qui fait que l'on va souvent de déception en déception»).

(37) *Idem*, pág. 8 («J'étais là et c'était cela le pouvoir. D'abord c'était durable et je l'ai un peu ralongé... et de ce fait, moi j'avais le temps. L'administration, qui a bien des qualités au demeurant sur d'autres points, elle, est stable, elle est là tout le temps. Tandis que les responsables politiques changent tout le temps. Oui, mais il s'est trouvé un Président de la République, élu pour sept ans, si vous multipliez par deux, cela vous donne à peu près ce que vous imaginez! Moi, chaque fois que Jacques Delors ou Pierre Bérégovoy venaient... disant: "il faut réduire les crédits, on coupe les crédits de tant pour cent..." Moi je disais non, pas ceux-là. Alors c'est le fait du prince, je le reconnais! Mais? Il n'y aura jamais de politique architecturale en France si on raisonne par budget annuel; c'est impossible, il manque toujours le milliard nécessaire, puisque l'on est toujours en déficit. Alors j'ai tenu bon»).

«Aguanté bien». Qué declaración más clara y, a la vez, más imprecisa. Toda explicación en torno al poder está siempre recubierta por una especie de velo. Todo aquello en lo que la política pretende ser transparente, no es sino una máscara (38). ¿Cómo aguantó Mitterrand en el conflicto de poder planteado en torno a sus *grands travaux*? Quizá valga aquí la imagen del gato y el perro: podía arañar y morder. ¿Pero cómo? ¿Para qué? El poder no es algo metafórico, sino que es algo que sólo se descubre ante su semejante. Mitterrand, pues, solamente tenía un camino: para la ejecución de sus *grands travaux* —como para todo aquello que promoviera— tenía que ser poderoso, y ser capaz de poner en juego su propio poder frente al del Estado francés.

Para ello disponía de configuraciones parainstitucionales de poder personal, que se estructuraban como un *segundo gobierno* dentro del sistema francés y que, en el plano del poder, constituían de hecho su verdadero gobierno (39). Esta solución al problema, erigir un segundo poder gubernamental frente al sistema de gobierno preestablecido, no es, desde luego, una idea original de Mitterrand. Ya era conocida, por ejemplo, en China hace 1.200 años (40). Lo que sí resulta nuevo en este siglo es el establecimiento formal de este poder de gobierno y el desarrollo de determinadas estructuras en su seno, institucionalizadas así, bajo denominaciones tales como «Eliseo», «Casa Blanca» o «Cancillería Federal», como las agencias oficiales de poder de los príncipes de la actualidad.

Roosevelt fue el primero en hacerlo. Para vencer a toda aquella oposición planteada por el propio aparato de gobierno ya establecido contra sus proyectos políticos, Roosevelt decidió crear constantemente nuevas estructuras de gobierno que se adaptaran a sus pretensiones de poder. Se dedicó a recubrir la estructura gubernamental de los Estados Unidos con configuraciones personales de poder ejecutivo cada vez más fuertes. Y así es como fue consolidándose el Presidente en la Casa Blanca como el centro, cada vez más poderoso, de ese gobierno personal. La Constitución norteamericana no dice absolutamente nada ni de la «Casa Blanca» ni de ninguna de las demás agencias de poder que, bajo denominaciones más o menos inocentes, vienen actuando en Washington. Probablemente se creía que los presidentes norteamericanos podían despachar su trabajo con la ayuda de una o dos secretarías. Y de hecho, hasta Franklin D. Roosevelt, ninguno de los presidentes norteamericanos desmintió tal impresión, generalizada, de su cargo. Pero con Roosevelt todo cambió; Roosevelt fue edificando, en torno a un número creciente de personas, un centro de mando capaz de proporcionarle precisamente aquello que andaba buscando: poder.

---

(38) Véase la nota núm. 2, «Boston Politics...», págs. 171 y 261. Véase también, TILO SCHABERT: «Wie werden Städte regiert?», en *Die Welt der Stadt*, Múnich, 1991, pág. 170 y ss.

(39) En torno al concepto de «segundo gobierno», véanse *Boston Politics...*, págs. 53 y ss. y *Die Welt der Stadt*, págs. 178 y ss.

(40) Véase TILO SCHABERT: *Die Architektur der Welt. Eine kosmologische Lektüre architektonischer Formen*, Múnich, 1997, pág. 30 y ss.

Los sucesores de Roosevelt en la presidencia norteamericana, como es natural, se incorporaron inmediatamente a este patrimonio de poder, y la mayoría de ellos —como Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon—, incluso, procedieron a aumentarlo considerablemente. De hecho, la agencia de poder presidencial en Washington puede cifrarse hoy en día entre las cinco mil y las seis mil personas, que desarrollan su actividad en una infinidad de unidades organizativas, y no sólo, naturalmente, en la Casa Blanca.

En la Constitución alemana tampoco hay referencia alguna a una «Cancillería Federal», y sería inútil tratar de encontrar alguna alusión al «Eliseo» en la Constitución de la V República. Y eso que se trata, en ambos casos, de órganos centrales del poder político (cuando no de su auténtico centro) en sus respectivos países. El Canciller federal se configura como un órgano constitucional, pero no así la Cancillería; y lo mismo ocurre en Francia, donde el Presidente es un órgano constitucional, mientras que el «Eliseo», desde luego, no lo es. Y sin embargo, ambas «instituciones» disfrutan, indudablemente, de un *status* paraconstitucional. Ambas determinan, de manera decisiva, la «estructura constitucional» que se desenvuelve en Alemania y Francia, al constituir las agencias de poder de sus respectivos príncipes.

Mitterrand no podía haber encontrado una ventaja mayor. El hecho de incorporarse a un cargo cuya estructura se constituía fundamentalmente de configuraciones personales de poder ejecutivo era algo que se adaptaba perfectamente a la naturaleza de su existencia política. Aprovechándose del poder del que goza el Presidente en el Eliseo —según la convención por todos asumida—, Mitterrand aprovechaba, por ejemplo, de considerarlo oportuno, para adjuntar uno de los secretarios de Estado que tuviera asignados a un determinado ministro. De esta forma conseguía controlar al ministro que, a la luz de la opinión pública, seguía pareciendo independiente.

Como estrategia que era a la hora de administrar su plenitud de poderes, Mitterrand se caracterizó en primer lugar por proceder a hacer efectivas todas sus competencias formales para después pasar por encima de ellas y, en segundo lugar, por encontrarse permanentemente preocupado por la forma de sacar el máximo provecho de su poder. Empleaba gran cantidad de tiempo y energía en la organización de su poder, en el desarrollo de las estructuras que lo sostenían. Y dado que continuamente perseguía controlar un mayor número de personas e instituciones dentro de lo que se denominaba «gobierno», con el fin de desarrollar así todo el poder personal que le hiciera falta, su pretensión no podía ser otra que la de actuar eficazmente a través de tal gobierno.

Esto era a lo que se refería cuando se comparaba, realmente sin decir nada, con el gato y el perro.

#### PODER POLÍTICO: ¿CÓMO ES PODEROSO EL PODEROSO?

Así pues, la lógica creativa en el ámbito de la política conduce al príncipe a crear, por un lado, un partido de amigos y, por otro, una serie de estructuras de poder

para configurar así un «segundo» gobierno. Y le va a conducir, todavía, a una tercera consecuencia. En la misma medida en que un príncipe vaya creando poder de esta forma, dicho poder nunca le va a resultar suficiente. Todo parece indicar que el poder del príncipe no es algo constante, sino que se trata de algo indeterminado, inestable y fluido. En función de la intensidad con que el príncipe actualice su poder como tal, dicho poder resultará mayor o menor. No bastará con ser poderoso o, más exactamente, con que se haya hecho poderoso gracias a la creación de poder descrita. Deberá además mantenerse poderoso. Ahora bien, la pregunta es: ¿Cómo se mantiene poderoso el príncipe frente a sus creaciones de poder? Y la respuesta será la siguiente: se mantendrá poderoso en la medida en que gobierne entre los hombres con los cuales gobierna.

Conseguir que otros se muevan precisamente como uno quiere que lo hagan es el verdadero desafío al que se enfrenta un príncipe con la adquisición de su poder. Se trata de la medida real de su poder. Ahí es donde demuestra todo su arte; donde se manifiesta todo su oficio en el poder. El príncipe resulta ser así el sujeto —como si se estuviera examinando— de su propio poder. Se encuentra sometido a un test implacable y continuo. ¿Es lo suficientemente poderoso como para serlo frente a los demás? Y además no tiene elección. Aquel que gobierne, no podrá hacerlo sin la ayuda de otros. Deberá repartir la responsabilidad por los asuntos de gobierno. ¿Pero no se trata de que sea *él* quien gobierne? Así pues, sólo podrá repartir las competencias de tal modo que siga gobernando sobre todos, pese a que muchos otros gobiernen para él sobre asuntos concretos. ¿Cómo podrá llevarse esto a cabo?

El Canciller federal Adenauer, por ejemplo, actuaba de tal modo que nunca ofrecía a sus interlocutores la impresión de que las informaciones que éstos le habían transmitido le habían resultado interesantes. Escuchaba atentamente a sus visitantes, tomaba nota de todo lo que se le decía y guardaba silencio en torno a aquello que le hubiera resultado de interés. Su visitante marchaba pues sin saber si había o no conseguido «influir» sobre él y, en su caso, en qué medida lo había hecho.

Mitterrand seguía un método muy similar al descrito a la hora de ejercitar su poder. Gran cautivador, se ganaba fácilmente la confianza de quienes le rodeaban, que permanecían así unidos en torno a la misma, mientras él iba adquiriendo una mayor libertad a medida que aquéllos aumentaban su número: «Sabía hablar con la gente. Tenía una forma de expresarse enormemente cautivadora, que constituía toda una actitud, todo un lenguaje propio. Decía: “Entre nosotros, querido amigo...” Y el interlocutor se iba siempre con la sensación de tener una relación muy especial con él, de haber adquirido una enorme confianza» (41). Así es como Mitterrand fue tejiendo en el Eliseo los hilos de su poder, mediante los cuales aseguraba a sus distintos colaboradores en el seno de sus redes, de forma que, poco a poco, en torno al Eliseo, iba configu-

---

(41) ROLAND DUMAS, en CAROLINE LANG (Hg.): a.a.o., pág. 53 («Il sait parler aux gens. Il a un discours très attachant; il y a tout un comportement, tout un langage. Il dit: “Entre nous... Cher ami...” Et l'interlocuteur a toujours le sentiment d'avoir une relation privilégiée avec lui, d'être mis dans la confiance»).

rando la estructura a la que siempre aspiró. Situaba a sus colaboradores en una dinámica de «intima distancia», en la que se mostraba a la vez cerca y lejos de ellos y mediante la cual mantenía siempre a cada uno en un lugar fijo y controlado.

El presidente Roosevelt recibía todos sus conocimientos —en un método muy avanzado de manejo del poder— de una multiplicidad de círculos de información. Frecuentemente, de hecho, se valía de varios de ellos al mismo tiempo para un único asunto. Así, recibida una determinada noticia concerniente a cualquier asunto, Roosevelt conseguía numerosísima información adicional que convertía en incompleta o incluso en falsa la noticia original. Además, el informador en cuestión, en la inmensa mayoría de los casos, no podía hacer absolutamente nada, dado que Roosevelt lo habría dispuesto todo de antemano de tal forma que el informador se encontraba irremisiblemente atrapado en la red tensada por aquél con sus innumerables círculos de información.

Mitterrand vino a organizar su sistema de ajuste siguiendo el método expuesto, consiguiendo así evitar aquello que Roosevelt también había conseguido excluir: no iba a ser prisionero de un determinado punto de vista. Por supuesto, en el momento en que debía (o quería) conocer o analizar algo, resultaba completamente imposible que fuera él mismo quien se encargara de conseguir todos los datos, análisis, propuestas y documentación necesarios. Necesitaba de otros que realizaran dicha tarea por él. Y sin embargo, ello implicaba el peligro de acabar dependiendo, influido o dirigido por los demás. Debía pues ser precavido. Su poder se le presentaba por tanto como la necesidad de controlar las líneas de decisión y de actuación de sus colaboradores, manteniendo en su caso la capacidad de entorpecerlas o confundirlas. Así conseguía mantenerse como señor de sí mismo y frente a los demás, hábil y capaz de determinar por sí mismo lo que sabía, pensaba o decidía (42).

Roosevelt procedió a trazar en torno a sí —en un tercer procedimiento que sin embargo no agota la lista— innumerables círculos de competencias que se interferían y sobreponían entre sí en un enredo caótico. Nadie que le ayudara a gobernar podía escapar de la maraña; cada uno tenía adjudicado un determinado ámbito de una competencia concreta, de forma que al invadir una competencia ajena, el sujeto en cuestión no era realmente consciente de ello sino pasado un buen lapso de tiempo, y aun entonces seguía ignorando casi siempre cuántos círculos estaba invadiendo y a quién pertenecían realmente. Roosevelt, de hecho, se expresaba siempre de manera muy imprecisa a la hora de adjudicar la responsabilidad sobre una determinada materia a alguien; y así, para poder actuar de manera eficaz, sus colaboradores debían proceder previamente a definir realmente el contorno de sus competencias. Y ahí resultaba irremediable el choque entre unos y otros, que era precisamente lo que

---

(42) Véase nota núm. 20, MAURICE BENASSAYAG, pág. 91 y ss.: «Mitterrand ne confie pas une tâche jusqu'au bout à quelqu'un. Et il peut mettre deux ou trois personnes sur le même problème. S'ils le savent, ils sont "tricards" tous. Il n'est pas question que les gens s'entendent. C'est vrai qu'il peut dire des choses à l'un et pas à l'autre. Parfois, on est sur le même coup sans le savoir. Mais il n'accepte pas que les gens se le disent. C'est une méthode de gouvernement très classique.»

Roosevelt pretendía: Aquel que se impusiera, pertenecería al grupo de los capaces, de aquellos a los que Roosevelt trataba de descubrir y atraer para sí, para lo cual le resultaban extremadamente útiles los conflictos entre sus colaboradores, frente a los cuales él se alzaba como mediador y árbitro.

Continué mi experimento durante varias entrevistas con distintos colaboradores de Mitterrand en el Eliseo, en distintos periodos entre los años 1992 y 1995. Y lo hice en dos sentidos. Fui repasando con ellos los distintos aspectos de la maraña caótica de la que se servía Roosevelt para gobernar. Y al señalar cada uno de ellos me encontraba con respuestas que mezclaban admiración y corrección, dirigidas no tanto al paradigma procedimental expuesto, como a la identidad de la persona caracterizada por el mismo: «¡Pero si es Mitterrand!», «¡Claro, los métodos del Presidente!», «¡Gobernaba de tal forma sobre las personas, como nunca antes había visto a nadie hacerlo!». Y así, sin decir ni una palabra sobre Roosevelt, proseguí con mis entrevistas como si nada supiera de los métodos de gobierno de Mitterrand. Ellos eran pues los iniciados, y yo el aprendiz. Y a medida que iba escuchando lo que se me decía, se iba dibujando en mi cabeza, detalle a detalle, sobre las explicaciones que me daban en torno a Mitterrand, el retrato de Roosevelt. Ahí estaba, con su caos de poder en la Casa Blanca. Y, sin embargo, de quien me hablaban era de Mitterrand.

Se trataba de organizar el caos provocado entre los colaboradores por la reunión de una diversidad tal de caracteres, orígenes y experiencias profesionales que, muy difíciles de adaptar, se molestaban, se atraían y se repelían, se sorprendían, se fascinaban, se motivaban: el más antiguo de los diplomáticos, con su discreto traje azul y, según el estilo de los suyos, siempre puntual y exquisitamente amable y cortés; la joven activista social, con sus vaqueros ceñidos y su cazadora desteñida, tan dejada para la puntualidad, los compromisos y las convenciones, con todos sus documentos en una mochila tirada en el suelo de su despacho; el aburrido camarada del Partido Socialista, exiliado en un despacho del Eliseo que se le queda grande y sin saber realmente lo que debía hacer allí; la experta en cuestiones técnicas, competente y atractiva, con su deslumbrante inteligencia analítica y sus inquietantes ambiciones como armas; el político de pura raza, servil ante su señor y ya henchido de poder, ofreciendo al mundo la máscara de sus chistes...

Se trata pues de un conjunto, aquí apenas esbozado, que engloba a personas muy distintas, cuyo especial carácter supone un elemento ejemplar de desorden, que intervienen en cualquier tipo de asunto, que se dan importancia frente a cualquiera, que requieren con tórrida envidia el favor de su señor, que no cesan de hablar de su poder, y que se describen a sí mismos en la historia, vanidosamente, como el espejo de su señor; tratándose de la misma figura que, poco antes, era conocido en la corte como *Foi du Roi en titre d'office*.

Se esperaba así la transformación del caos en una nueva estructura que le permitiera sacar adelante su gobierno al príncipe en cuestión, que era precisamente quien había fomentado dicho caos y quien había encontrado en el mismo una determinada estructura. Se trata pues de una demostración de poder suprimiendo poder, lo cual es

algo que gusta hacer a los príncipes. Viene así a desatarse su poder creativo, que es, ni más ni menos, lo que el príncipe pretende.

Y así es como Mitterrand iba aceptando las distintas formas de su poder, hasta el preciso momento en que, irremediamente, debía cambiar tal configuración por una nueva. Transformaba entonces el caos en su equilibrio. Y organizaba así de nuevo su gobierno.

#### LAS MÁSCARAS DE MITTERRAND EN EL DISCURSO DE LA HISTORIA

Ya desde el principio se planteaban interrogantes en el Eliseo sobre en qué consistiría la supervivencia histórica de Mitterrand. En una noticia que preparaba el *Conseiller Spécial* de Mitterrand el 31 de diciembre de 1983, venía a lanzar la pregunta: «¿Qué dejará huella en la historia dentro de su septenio?» (43). Pese a no haber transcurrido demasiados años desde entonces, sí han transcurrido los suficientes como para adquirir una cierta perspectiva histórica, en virtud de la cual la mayoría de las respuestas han resultado vacías o incluso equivocadas. A Mitterrand no se le recordará por sus logros en el campo de los conflictos norte-sur, de los derechos humanos, del desarme, o desde la perspectiva de los trabajadores de las cadenas de montaje, de los sistemas educativos, de alguna exposición universal o de algún «gran plan de impulso mundial». Habremos de sumergirnos bajo el conjunto de estos lemas para llegar a la conclusión de que el único hecho «histórico» que permanecerá irremisiblemente unido al nombre de Mitterrand será el relacionado con el concepto de «Europa política», a pesar de lo cual la noticia al principio reseñada no señalaba absolutamente nada al respecto. E incluso en aquellos puntos donde podría haberse reseñado tal posibilidad, ésta era descartada inmediatamente con una portentosa facultad predictiva. En la visión histórica del *Conseiller Spécial*, Europa se perdía como una más dentro del conjunto estrafalario de sus ideas.

Mitterrand, sin embargo, de forma muy hábil, iba siempre por delante de lo que ocurría. Avanzaba con las descripciones y los análisis futuros sobre sus *res gestae*. Ya antes de que comenzara a constituirse el campo de todos aquellos que iban a escribir sobre él, de todos aquellos que iban a investigar su vida y su obra, él estaba ya preparándose el suelo para ello. Se trataba de conseguir que fuera un campo con una productiva intranquilidad, donde los distintos intereses coincidentes en la salvaguardia de su herencia político-espiritual, las fuerzas del orgullo y la búsqueda de la gloria, la diligencia a la hora de dar el correspondiente testimonio o de trazar la correspondiente descripción, los distintos métodos de la ciencia y el periodismo, la sed sensacionalista de los medios y las editoriales, los esfuerzos historiográficos e interpretativos e, incluso, más allá de su muerte, la influencia que era capaz de generar

---

(43) JACQUES ATTALI: *Note pour Monsieur le Président. Objet: Au sujet des traces d'un septennat dans l'Histoire*. París, 31 de enero de 1983.

aun después de muerto, constituyeran todos ellos factores que condujeran a transformar el retrato histórico de Mitterrand en una auténtica galería repleta de retratos. Se trataba de un método para permanecer siempre vivo en la memoria de los demás. En las salas de la historia, por lo tanto, no habrá solamente un retrato de Mitterrand, sino muchos. Si paseamos por ellas contemplándolos con detenimiento, observaremos que están trazados con distintos estilos, a veces contradictorios, desde diferentes ángulos visuales y con un número cada vez mayor de detalles. Cada uno de ellos es auténtico, a la vez que no lo es ninguno. Así es como deberemos buscar el retrato «verdadero». Y así es como la exposición no tendrá final. Mitterrand juega así con todos los que pretendemos trazar su retrato, y seguirá haciéndolo siempre.

Mitterrand pretendía cerrar con poder todos los accesos a su poder. Y cerraba tales accesos a la «historia» con un discurso donde conseguía enmarañar a todos aquellos que pretendían decir algo sobre «Mitterrand». Nunca acabaría de aparecer desprovisto de la máscara tras la que actuaba, cuando éste o aquél trataban de presentar a «Mitterrand». En la historia aparecerá siempre su máscara, pero nunca su auténtico su retrato. Todo aquel que busque su retrato, deberá hacerlo en el juego de las máscaras. Ésta fue pues la última —e inmortal— escenificación de su poder. Con su discurso estaba escenificando la historia. Pero eso *es* historia. Y es que un príncipe clásico, de tener éxito, debe conseguir transformar la historia de su poder en la memoria de los hombres.

*Traducción de Sancho Íñiguez Hernández*